

NOTA

SOBRE EL ORIGEN DEL UNIVERSO

OSCAR H. BELTRÁN*

Una nueva obra de J.J. SANGUINETI, *El origen del Universo* (Buenos Aires, EDUCA, 1995), nos da la oportunidad para apuntar algunas reflexiones sobre este tema. Pero antes, como es de rigor, demos la bienvenida a este vástago intelectual del P. Sanguinetti, autor de generosa producción y atento compromiso con las temáticas actuales que involucran su especialidad. Argentino y, para más datos, egresado de nuestros claustros, este destacado sacerdote radicado en Roma ha consagrado sus investigaciones a temas filosófico-naturales y epistemológicos, para lo cual ha unido a su probada capacidad filosófica, enraizada en el tomismo, un sólido pertrecho de conocimientos científicos que revisten sus obras de firmeza y autoridad.

El origen del Universo es un voluminoso trabajo -publicado por nuestra Universidad- que se propone dar a conocer una síntesis del estado actual de la cosmología y de sus intensas resonancias filosóficas. Sus capítulos recorren la historia de la concepción humana acerca del cosmos, desde los antiguos hasta el presente, sin ahorrar los necesarios pormenores de las teorías más aceptadas. Remata la obra una extensa reflexión desde la filosofía, testimoniando así la misión sapiencial que cabe al saber de las causas primeras como juez de la verdad científica en cuanto compromete la visión orgánica del mundo desde sus más elevados principios.

Me ha parecido significativo, como elemento conductor de su libro, uno de los tópicos que se abordan, a saber el problema de la física y la noción de creación.

Podríamos empezar diciendo, como en un juego de palabras, que el hallazgo de un probable BIG BANG cosmológico ha hecho posible el BIG BANG de la cosmología misma. El avance descomunal de esta disciplina ha envalentonado a sus cultores invitándoles a desafiar la gravísima cuestión de Dios y el origen del universo.

Como bien lo señala nuestro autor, la tarea de los científicos, en cualquier caso, obedece a motivaciones de muy diverso linaje, a veces legítimo, a veces espurio. Detrás de la respuesta al problema planteado subyacen, en algunos científicos, tradiciones religiosas, en otros una audacia ingenua, por aquí una ideología impenitente, por allá una conmoción existencial. No nos corresponde juzgarlos. Pero sí resulta provechoso prestar atención a su pensamiento.

Hay quienes reivindican la autosuficiencia del cosmos, postulando una duración infinita hacia el pasado, o bien una creación en sentido estricto, o sea a partir de la nada, pero que acontece por pura espontaneidad y sin recurso a ningún Demiurgo.

Otros, a su vez, declaran encontrar en las ecuaciones matemáticas una confirmación lapidaria del Génesis: ha habido, dicen, un tiempo $t = 0$, y puesto que de la nada nada sale, el Universo no puede ser sino resultado de una intervención especial de Dios.

En el primer caso asistimos a un encarnizado reduccionismo que confunde el crecimiento lineal de la ciencia con un crecimiento radial, que la llevaría tarde o temprano a absorber cualquier otra forma alternativa de conocimiento. Esta perspectiva ciega ante la analogía y la participación del ser, horizontaliza por decirlo así la noción de causalidad agotándola en un tránsito inmanente de un estado a otro y, lo que es más llamativo, subsu-
miendo a la nada misma como un estado más. Valga esta cita de Carl Sagan:

"Es corriente en muchas culturas responder que Dios creó el universo de la nada. Pero esto no hace más que aplazar la cuestión. Si queremos continuar valientemente con el tema, la pregunta siguiente que debemos formular es evidentemente de dónde viene Dios. Y si decidimos que esta pregunta no tiene contestación ¿por qué no ahorramos un paso y

decimos que el origen del universo tampoco tiene respuesta? O si decimos que Dios siempre ha existido, ¿por qué no nos ahorramos un paso y concluimos diciendo que el universo ha existido siempre?"

Quien así habla tiene sin duda lauros ponderables para ostentar en el campo científico, pero no sería inoportuno advertirle que deponga sus trofeos si quiere proferir opiniones como ésta, pues acaba de traspasar el umbral que divide a la ciencia de la filosofía, y como sabiamente lo señala Aristóteles en el libro II de su *Metafísica*, no es bueno hurgar en un saber con el método de otro. De otro modo, usaríamos el método psicoanalítico para interrogar a una ameba y llegaríamos a la conclusión de que posee una personalidad autista. La pregunta por Dios y la creación no es para la ciencia una pregunta sin respuesta, que las hay, y muchas, como también hay preguntas científicas condenadas a no ser resueltas. No es eso. Se trata de una pregunta mal planteada, porque cae fuera del registro conceptual de la física. El ser, la nada y Dios son ideas meta-empíricas, esto es meta-físicas. Y esto, como todo lo que tenga que ver con ellas, no es algo que hayamos decidido, así como no decidió Galileo dónde debía ponerse la Tierra. Es un dato, o sea algo dado. La nada de los físicos se parece a la nada de los filósofos como la materia de los físicos a la materia prima de Aristóteles. Quizá no sea del todo ilegítimo el término, pero con más razón que en otra parte debemos arrojar de nuestra mente todo miembro que sea ocasión de escándalo. Entre paréntesis, debemos tener presente que la ciencia actual se ha masificado hasta tal punto que ya se parece más a un Evangelio que a un discurso teórico, y ello hace mucho más deletérea la confusión.

Con respecto a lo segundo, vale la pena preguntarse el alcance exacto de las afirmaciones de quienes buscan "confirmar" el relato bíblico y la metafísica occidental con las teorías científicas. Existe ante todo el obvio riesgo de que, en la posible eventualidad de que esas teorías fuesen superadas, arrastrasen en su caída a la religión y a la filosofía sujetas a ellas. Mas, por otra parte, la sabiduría no necesita medrar con el concordismo. Es saludable que el científico acabe por encontrar motivos de congruencia con la fe y la metafísica, pero tal hecho es más auspicioso para la ciencia que para la fe y la filosofía. No tiene mucho sentido que los humanistas celebren los adelantos de la neurofisiología que pretenden "confirmar" que, al fin y al cabo, el hombre es libre. Si, tal como se lee en el prólogo de la obra, las ecuaciones hacen posible que algo surja de la nada, no tenemos demasiado motivo para suspi-

rar de alivio. Siempre que estén hablando de lo mismo, es la fe la que confirma a la ciencia, y no al revés.

Detrás de estas actitudes, creo, subyace en el hombre actual algo más hondo, una profunda incomodidad ante el misterio, antológicamente dramatizada en el mito de la caverna. A veces siento que muchas personas prefieren refugiarse en las sombras de los datos, los números-medida, las imágenes radiotelescópicas y demás, sin animarse a enfrentar la luz. Si Carl Sagan nos pide que seamos valientes, ¿qué mejor testimonio de bizarria que dejarnos avasallar por lo inconmensurable? ¿Qué fórmula podrá sustituir ese asombro primordial que hace balbucear al hombre lo inefable? Tal vez sea tiempo de abandonar de vez en cuando el islote de lo que la ciencia sabe para navegar por el océano de lo que la ciencia **no sabe**, teniendo presente que en ese firmamento no faltarán estrellas que nos guíen. En el libro X de las *Leyes*, Platón apostrofa como impíos a los que sólo buscan una causa primera material. No dice ignorantes, dice impíos... Quizá porque hay ciertas preguntas que sólo se pueden hacer con respeto, quizá porque más allá de las fronteras de la ciencia ya no caben los estrechos criterios de la razón doméstica. Aristóteles se despidió del mundo declarando, finalmente, su amor por los mitos. Y creo que el mejor camino para resolver el dilema de la creación pasa por allí. Pero esta vocación de trascendencia, este ímpetu alado, este *esprit de finesse*, es cosa tan, pero tan humana, que no me deja disimular la esperanza. Releo el texto de Sagan, y conjeturo: **Todos los incurables tienen cura cinco segundos antes de la muerte.**